

DARA SCULLY

ANIMAL DE NIEVE



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@cabalodetroyaeditorial



@CaballoTroyaEd



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

1

Llegó con el galope de los caballos. Los animales habían comido de su mano, habían lamido aquellas palmas blancas, hermosas: palmas hechas para la caricia. Las alumnas lo vieron desde los dormitorios. Desde las ventanas: los ojos calientes de la casa. De pie, algunas ya vestidas, otras todavía en camisón, los pies desnudos, fríos sobre el suelo de madera. Tenían la vista clavada en el hombre desconocido. Quién sería, se preguntaron. Quién sería aquel hombre que tocaba a los caballos con sus manos delicadas, que se quitaba luego el sombrero en un saludo correctísimo. Tal vez un ministro, se dijeron, o un predicador; sin duda alguien de importancia, pues ahí estaba Miss Bell, erguida, rígida como su bastón: una mujer de negro. La expectación ascendía en los dormitorios. Pronto lo perderían de vista, entraría en la casa, su casa, su colegio. Seguiría a Miss Bell por los pasillos, por los rellanos silenciosos, entraría tal vez en su despacho. ¿Para qué?, se preguntaban. Una de las maestras va a casarse. Tal vez nos deje Miss Stone, que tiene el rostro blanco de las novias. Las alumnas especulaban. Un hombre había penetrado en sus dominios, en su colegio de paredes de piedra, de entramados de flores en los jardines. ¿Acaso se aventuraban a decirlo? ¿Era tal vez un maestro? ¿Se atrevería Miss Bell a dejar que un hombre enseñara a las muchachas?

Frédéric permanecía en silencio. Había dejado atrás un hilo

de pisadas suaves, un rumor en la gravilla. No había visto a las muchachas en las ventanas. Podría haber alzado la cabeza, mirarlas: rostros pequeños como flores tras los cristales. Pero seguía con la vista a la mujer que cojeaba. Su bastón acompasaba el movimiento de su cuerpo. Le recordó a un fantasma que había conocido una vez, en un tiempo apenas perceptible. Ella tampoco hablaba. Se había presentado con educación; había en sus gestos una elegancia solapada, cierta nobleza en los rasgos afilados, en sus manos. Alguien habría dicho: no es sólo una profesora. Una directora de un colegio para niñas. Un animal dormido la poseía. Habitaba en su cojera, acentuada en las escaleras que llevaban al último piso. Quiso preguntarle su edad. Quiso saber, aquella primera vez, ante la mirada ciega de las muchachas, cuándo se había quedado coja. Si se había caído de un caballo. Si había sido la enfermedad o una rotura mal curada. Pero el silencio se había vuelto movedizo. No hubiera podido hablar, aunque lo deseara. Estaba allí, denso, caliente, un silencio que ascendía por la casa. Una palpitación muda de las voces de las niñas, de las maestras, todo detenido ante el paso irregular de quien guiaba la vida del colegio.

Era un lugar sobrio. Los pasillos estrechos se abrían a las aulas. Dijo que se las enseñaría luego, cuando se hubiera acomodado. ¿Llegaría su equipaje al mediodía? Algunas de las maestras ya se habían instalado. Le señaló las escaleras, el tercer piso: los dormitorios. Allí las alumnas cuchicheaban. Una de ellas, alta, de gesto altivo, observaba desde la balaustrada. Luego les relataría cómo Miss Bell había guiado al hombre por el colegio. Imaginaría el paso desigual, la voz

grave, el gesto amplio de la mano ante las cosas. Imitaría con perfección sus movimientos. Era sin duda un maestro, de geografía tal vez, quizás un refuerzo para las matemáticas. Un maestro joven, de mirada diáfana. «¿Creéis que será severo? ¿Habrà tenido amantes?» Las niñas soñaban con los amantes. Soñaban con las novias, con Miss Stone, que llevaba un anillo dorado. Pero la muchacha se conducía con misterio. Había visto más de lo que contaba, y lo que decía se alteraba a través de sus palabras. Podía ser todo lo que ellas imaginaran. Un caballero, un religioso, un hombre del mal. Lo que ella dijera sería aceptado por las muchachas aún descalzas, aún vestidas de blanco nocturno. Tenía el poder de la que ha visto, dominaba la ceguera de las otras. «Lo conoceremos mañana», les dijo. Y ellas empezaron a vestirse.

Lo dejaron con la promesa de la comida. El cuarto era pequeño, desnudo; la luz aniquilaba su misterio. Veía el jardín desde la ventana. Un parterre de flores se acomodaba ante sus ojos. Al fondo, los sauces cercaban la casa, la hierba todavía húmeda de rocío, fresca. Imaginó sus paseos por aquel jardín cuidado, la lectura entre los sauces. De niño disfrutaba leyendo en los jardines. Aspiraba el aroma de las flores, la tibieza de la hierba; sus manos acariciaban la tierra con el cuidado de quien toca a un animal pequeño. Supo que aquel jardín lo acogería. A diferencia de la casa, de las alumnas todavía invisibles, aquel jardín le resultaba conocido. Lo había habitado antes, en otra vida, en otro tiempo feliz y escurridizo.

Comió en su cuarto, en el escritorio que daba a la ventana. Una mujer joven le trajo una bandeja. Le dijo que pronto subirían su maleta, el baúl pequeño y anticuado. Él se había quitado la chaqueta, se había desatado los zapatos. El viaje había sido largo. «¿Tomará también la cena en su cuarto?», le preguntó. Un cierto bullicio se había apoderado de la casa. Las muchachas, uniformadas, calzadas ya con sus botas relucientes, cruzaban las estancias, se reconocían de nuevo, volvían a la vida del colegio. Habían pasado alejadas un verano entero. Habían aprendido palabras nuevas, tenían cosas que contarse. A él le daban jaqueca. Aquella voz caliente, unísona, trepaba por las paredes de la casa. Tomaría la cena en su cuarto. Comería en la quietud de aquel reducto pequeño, aquel espacio blanco, limpio. Se enfrentaría a ellas a la mañana siguiente.

Despertó temprano, antes que la casa. En el jardín se intuía el otoño; los sauces ondulaban sus ramas con el viento. El día sería fresco. Atrás quedaban el verano, las fresas maduras sobre la mesa, los largos baños en el río. El colegio se plegaba sobre el frío, comenzaban a encenderse las chimeneas, las estufas. Pronto pasearían con mitones. Las capas largas de las niñas rozarían las hojas, la hierba a punto de escarcharse. Un invierno prematuro se intuía en los parterres. O tal vez era su propia debilidad. Su miedo creciente a haberse equivocado. Estaba en un colegio. A los treinta y seis años enseñaría música por primera vez. Dejaría atrás las enseñanzas básicas, la botánica, el álgebra, el estudio meticuloso de la ciencia. Aquello que le habían enseñado se disipaba. Tocaría como cuando era niño, enseñaría escalas, tal vez no ense-

ñara nada en absoluto. ¿Qué sabrían las alumnas de música? ¿Habría alguna virtuosa entre ellas? En realidad no le importaba. Las niñas se mantenían alejadas, su voz había enmudecido. Estaba allí como podía estar en cualquier parte, atento sólo al trazado de las nubes en el cielo. Un último lugar al que aferrarse, aquel colegio, aquella música que le había sido devuelta tras años en la sombra.

Habría preferido desayunar en su cuarto, pero aquella mujer joven de la víspera le pidió que la siguiera. Las maestras desayunaban en el comedor pequeño. Eran de edades variadas, de rostros serenos, agrietados algunos, lisos como el de las muchachas los más jóvenes. Había un solo hombre entre ellas, anciano, ajeno sin duda a la enseñanza. No preguntó por él. Tampoco por Miss Bell, que se encontraba ausente. Las maestras más mayores le tendieron la mano, saludaron con una educación uniforme, aprendida tras largos años en el colegio. También su voz resultaba similar, de inflexión clara; la voz de quien gobierna multitudes. Las imaginó ante las alumnas, algunas severas, otras sumisas, domadas por sus criaturas. No reconoció ningún rostro de la calle en ellas. Aquellas mujeres crecían en las escuelas, en los hospicios; caían luego en manos del colegio y allí acababan de formarse. Poseían una mirada común; los muros de la casa las aislaban. Quizás habían soñado con viajar, con amar a hombres o a mujeres; tal vez lo hicieran todavía, tendidas sobre el lecho blanco, virginal, abiertos sus ojos a la noche. Imágenes de playas amplias o reuniones jubilosas, cualquier cosa que no fueran niñas malcriadas.

—Así que será usted nuestro profesor de música —le dijo

una de ellas.

Lo habían esperado largo tiempo. Algunas tocaban un poco; la enseñanza de las mujeres incluía el piano, a veces el violín, el canto. Las alumnas formaban un coro de voces delicadas. «Seguirá usted con él, imaginamos», pero Frédéric no dijo nada. No le interesaban los coros. Las voces blancas de las niñas, cambiantes. Prefería la fuerza del piano, la gravedad de las cuerdas. Los dedos largos acariciando la música. Las niñas ocupaban el comedor grande de la planta baja. Una celadora las guardaba. Tomaban su desayuno ordenadamente: el pan con mantequilla, cortado en rebanadas finas, nunca se mojaba en la leche. Las mayores tenían permitido tomar café. Hablaban poco, dominadas todavía por el sueño, por el frío de las paredes desnudas. Algunas tomaban apuntes en sus cuadernos. Pronto empezarían las clases, el estudio durante las horas centrales, los juegos en el patio. Los hilos, sueltos durante el verano, volverían a tensarse.

2

Miss Bell se dirigió a las alumnas y a sus maestras. La sala grande devolvía el eco grave de su voz. Se habían hecho nuevos ajustes. Las mayores, de catorce años, tenían permiso para dejar el colegio por las tardes. Debían, sin embargo, ser cautas, pues el peligro acechaba tras sus pasos. Algunas rieron brevemente. Una risa abrupta y dolorosa. Miss Bell las incitaba al estudio, a la perseverancia. Sería para muchas el final de su aprendizaje. Después las esperaban los altares, los vestidos níveos, una preñez continuada. La vida era más dura de lo que creían. «Estudien, muchachas, aprendan para la vida futura.» Miraba tal vez hacia el pasado, a las maestras jóvenes, a Frédéric, que la escuchaba con atención. Las alumnas estaban bajo su cuidado. Durante el curso, las pequeñas aprenderían a crecer. Ella debía enderezarlas, evitar el crecimiento retorcido de las ramas. «El orden nos trae sabiduría —les dijo—. No permitan que las alejen de su senda.» Y de nuevo aquella risa cortada, una muchacha entre las otras, la de los brazos lánguidos. Apenas perceptible y sin embargo clara, evidente para Frédéric. Las maestras carraspearon. Miss Bell, apoyada en su bastón, permaneció impasible ante la burla. Bajó del estrado y recorrió la sala con su paso irregular. Las clases habían comenzado.

Las aulas se repartían entre el primer y el segundo piso. El aula de música daba al jardín. Los instrumentos estaban afi-

nados. Los pupitres esperaban a las alumnas. Era un grupo reducido. Las niñas, de trece años, vestían idénticos uniformes: vestidos azules, largos hasta la rodilla, ceñidos en la cintura. Los puños rígidos, blancos, rodeaban sus muñecas delgadas. También las estaturas eran parejas, su peso, las rodillas expuestas a la vista. Sólo observando con detenimiento se veían las imperfecciones. Los cabellos cambiantes, castaños, negros, rubios. Los labios finos de una se transfiguraban en el rostro de las otras. Las pieles eran diáfnas, pieles de muchacha joven, de niña flor. Contenían toda la belleza y eran sin embargo feas; a su edad cambiaban con los días, con la luz que atravesaba las ventanas. Frédéric les dijo que se sentaran. Ellas obedecieron, aparentemente dóciles, los ojos excitados. Por fin conocerían al profesor desconocido. Sabrían si era un caballero, un hombre del mal, un obstáculo insalvable. Pero Frédéric apenas habló con ellas. Les pidió que describieran su relación con la música. Cuándo se habían encontrado con ella por primera vez. Si erizaba sus espíritus. Una de las niñas preguntó «¿Qué es erizar?», y las demás rieron. Frédéric no contestó. Observaba el jardín, que, como ellas, cambiaba con la luz, adquiría nuevos tonos, nuevos movimientos. «Escriban sobre lo que sienten», les dijo. Y ellas se aplicaron sobre sus cuadernos, hundieron las plumas en la tinta, tomaron notas. Recordaban un violín sonando en el salón, al padre que tocaba. Tal vez al hermano, muerto prematuramente, sentado junto al piano. Sólo una mencionó la música en su estado más primario. «Un vértigo innombrable», escribió al comienzo de su cuartilla. El resto estaba vacío. Fue la única que no arrojó a la lumbre por la noche.

Durante el recreo las muchachas fueron interrogadas. Habían conocido al maestro, lo poseían como se posee una joya pequeña, un tesoro. Algunas se daban aires ante las otras. «Es un hombre guapo», dijeron, y ciertamente lo era. Poseía una belleza melancólica. Alto, delgado, con aquellas manos hechas para la grandeza. No había hablado mucho. Se había paseado por el aula, mirándolas sólo por encima, atendiendo a detalles invisibles. Una de ellas le había entregado las cuartillas. La afortunada se paseaba entre las demás, era foco de atenciones. «Dinos, ¿tocó tu mano al recogerlas?» Él la había tocado. Una mentira pequeña. Frédéric apenas la había visto; si la hubiera tocado por azar, habría dejado caer las hojas. Pero las niñas construían una fantasía sólida, se inventaban al hombre, el único en su mundo reducido. Lejos quedaban los padres, los hermanos, algún amigo de la primera infancia. Allí sólo lo tenían a él, recién llegado, y sus humores se excitaban, prendían sus mejillas, los deseos. Querían saber cómo había llegado un hombre a su colegio, quién era, qué escondía su silencio. Querían saberlo todo y por eso lo inventaban.

También las maestras se hacían preguntas. Frédéric había faltado a la comida. Miss Bell, ocupando su lugar habitual en el comedor, no dio muestra de sorpresa. ¿Acaso se conocían? Las maestras jóvenes especulaban. Eran reflejos de sus alumnas; conservaban todavía cierta inclinación a la hermandad, al juego entre sus congéneres. Vestidas con pulcritud, rectas en sus sillas de madera, ponían en común sus impresiones. Las más mayores, desgastadas por la vida y la repetición, sentían menos entusiasmo. Una de ellas había conversado con él unos minutos. Dijo que parecía educado, un poco so-

lemne. Iba vestido con una sencillez formal; la clase de hombre que deja el hogar pronto, que vive siempre solo, oculto a menudo tras las sombras.

—Sólo lleva un día aquí y ya se ha saltado las normas.

Frédéric estaba en el jardín, junto a los sauces. Tenía un libro cerrado sobre las rodillas. Miss Bell lo observaba desde cierta altura. Él había oído el paso irregular sobre la hierba. Esperó, paciente, a que ella lo alcanzara, pero no se volvió para mirarla.

—Debe usted disculparme. Me vi abrumado por el bullicio —le dijo.

—Esto es un colegio, está en la naturaleza de las niñas ser bulliciosas. Tendrá usted que acostumbrarse.

Frédéric se había educado con tutores. También él había sido tutor, con el tiempo; había elegido las casas por encima de los colegios, la quietud de los salones de estudio, los niños enfermizos que aprendían lentamente. Había enseñado durante años. Llevaba con él ciertos libros, algunas partituras. A veces las casas tenían instrumentos. Los niños practicaban sus lecciones, eran aleccionados por los padres. Tocaban en las fiestas señaladas para familiares dormidos, inertes. Él mantenía siempre una distancia prudencial. Su enseñanza era puramente teórica: nunca salían de los libros. Cuando se iba, los niños lo olvidaban con rapidez. También él los olvidaba, a aquellos muchachos serios, de mirada contenida o arrogante. Niños que no jugaban, niños apocados o exigentes, tristes como lo son aquellos que viven reclusos. Sólo la última

casa había dejado en él un poso duradero. ¿Se acordarían los hermanos del maestro? ¿Lo recordarían sus alumnas cuando dejara el colegio al final del curso? Sabía que lo observaban. Durante la primera lección, las muchachas habían seguido sus indicaciones. Habían escrito con la cabeza baja, mirándole entre las palabras. Él había paseado por el aula; sus zapatos resonaban apenas sobre el piso. Había observado las manos pequeñas, los dedos finos: dedos de muchacha o de pianista. Ninguna le pareció especialmente virtuosa. No podía saberlo, pero no sentía en ellas la pasión necesaria, el celo. Tal vez fueran buenas bailarinas. Sabía que en el colegio se bailaba; aquellas que no cantaban en el coro podían elegir otras artes en las que ejercitarse. También practicaban la pintura, escribían poemas diminutos. Llevaban sus cuadernos apretados contra el pecho: allí, el misterio de la palabra. Sus corazones le resultaban ajenos. ¿Quiénes eran esas niñas? ¿Qué sentían, qué pensaban a los trece años? No recordaba haber tenido nunca aquella edad. O tal vez el recuerdo era doloroso. Una sombra hostil en su memoria. Un deseo de olvidar que le mordía.

Conoció a las demás alumnas durante la semana. Las más pequeñas, de once años, le siguieron hasta el aula como polluelos. Su niñez era todavía nítida, evidente en cada gesto. A todas les hizo la misma pregunta. Varias cantaban en el coro; quisieron hacerle una demostración, pero él pidió silencio con voz grave. Sólo debían escribir. Más adelante, tal vez, llegaría la música. Cuando supieran amarla como se aman los incendios. Las mayores fueron más formales. En ellas se intuía ya la línea acabada del crecimiento: varias tenían pechos

amplios, labios gruesos de mujer joven. Contenían su emoción tras sus modales. Sacaron las cuartillas antes de que él les preguntara nada; sabían por las otras que les haría escribir, se habían preparado los discursos, largas disertaciones musicales. Buscaban producir en él una impresión favorable. Que él las mirara en el aula, que dejara el jardín, donde parecía perdido, y volviera a sus alumnas. Que saciara su curiosidad innata, su deseo natural de poseerlo. Sólo una se dirigió a él sin afectación. «Y usted, ¿qué relación tiene con la música?», le preguntó. Las demás permanecieron calladas. Frédéric la miró: era aquella muchacha esbelta, la de la risa como un golpe en la mejilla.

—Se lo diré cuando caiga la primera nevada —le contestó.

—¿Y si no nieva?

—Entonces se quedará sin saberlo.

3

El curso se había iniciado con sosiego. Las alumnas eran generalmente dóciles, plásticas; estaban aún en esa edad cambiante y modelable. Miss Bell las había observado a todas el primer día: una a una, había tomado nota de los rostros, de los cabellos demasiado largos, de los hombros cargados prematuramente. Corregiría los defectos durante el curso. Pasaría una tijera por los cabellos. Algunas sostendrían libros sobre sus cabezas. Habría más pescado durante las comidas, más lecturas, un espacio más pequeño para el juego. Le había dicho al nuevo maestro que las alumnas eran bulliciosas, y ciertamente lo eran. Pero había espacio para el cambio. Las puliría, haría de ellas muchachas de provecho. Sabía que perdería a alguna por el camino. Siempre hay una manzana podrida en la cesta. Cada año, dos o tres muchachas resultaban inadecuadas para la vida pública. Sus deseos las poseían, sus vicios densos, pegajosos. Otras eran irremediabilmente estúpidas. Pero ella observaba con detenimiento, escudriñaba cada pequeño gesto, la línea de la boca, el tono de la voz durante el canto. Allí se hallaban los indicios. Podía presumir de dirigir un buen colegio para niñas. Los padres deseaban que sus hijas ingresaran en la institución. Decían de Miss Bell que era firme y eficiente. Tal vez las alumnas no la quisieran, pero las preparaba para el mundo. Y eso era lo único importante.